

Prólogo

RICARDO ANTUNES¹, DICIEMBRE DE 2013

Luchábamos contra la dictadura militar brasileña cuando, el 25 de abril de 1974, la Revolución de los Claveles nos sorprendió. Amantes de las revoluciones que se perdían en todo el mundo, estábamos inmersos en la demencial era de las contrarrevoluciones.

Pero la oscura dictadura brasileña no pudo impedir del todo las noticias que llegaban de Portugal: los militares habían derrocado la dictadura de Salazar. La espectacular noticia nos fortaleció: si la dictadura en Portugal se había derrumbado, aquello era una inyección de coraje a nuestra lucha para derrocar a la dictadura brasileña, combinando acciones legales, semilegales y clandestinas, de la misma forma que estaba actuando la oposición en Portugal. La clase obrera, los diversos partidos y agrupaciones de izquierdas, los sindicatos de oposición y de clase, la juventud, la lucha anticolonial y los movimientos de liberación del África negra, etc. acabaron por derrocar la dictadura de Salazar.

Pero también teníamos muchas dudas sobre lo que ocurría en Portugal. En primer lugar, porque en Brasil toda la información estaba profundamente censurada y adulterada.

En segundo lugar, y más inquietante, ¿cómo era posible creer en una revolución desde los cuarteles, cuando en Brasil estos se habían convertido en espacios de terror, generando un poder autocrático (un verdadero poder armado semibonapartista) que practicaba los binomios dictadura/acumulación, represión/internacionalización, tortura/monopolización,

1 Antunes R. (2013), *Os Sentidos do Trabalho*, Almedina, Coimbra.

cuyo objetivo básico era destruir los movimientos de clase anticapitalistas para preservar y expandir el sistema destructivo del capital?

Pero también teníamos otras motivaciones y sentimientos auspiciosos: ¿era la Revolución de los Claveles el signo de un nuevo ciclo revolucionario en Europa, derrotada desde las revueltas de 1968 por el control social de la producción?

Son respuestas que la lectura de este hermoso libro de la historiadora social marxista Raquel Varela nos ayuda a responder, 40 años después. Y, con ello, a recordar uno de los momentos más expresivos de la lucha anticapitalista en vísperas del azote neoliberal.

Raquel Varela es, de entrada, una de las más brillantes críticas sociales del Portugal actual. Joven historiadora, no vivió directamente la Revolución de los Claveles, lo que hace especial su reconstitución y revisión historiográfica, ya que la lectura de su libro se presenta a menudo como una cronología propia de quien escribe sobre algo que vivió. Historiadora hija de la Revolución de Abril, responsable ya de una vasta (y siempre muy cualificada) producción en Portugal y en el extranjero, es también el tipo de historiadora que se sumerge en cuerpo y alma en el objeto, para luego reconstruirlo con rigor y agudeza.

Sin embargo, no lo hace como una investigadora neutral. Al contrario, combina su mirada atenta y crítica con un cuidado objetivo propio de la mejor historiografía marxista. Que su libro genere polémicas, desacuerdos, oposiciones, duras críticas, es de esperar de una obra en la que la clase obrera, en sentido amplio, está en el centro de la investigación.

Raquel Varela demuestra que la Revolución de los Claveles solo se hace comprensible si articulamos densamente los siguientes movimientos:

- 1) Las luchas en el continente africano por la independencia (y dentro de ellas el papel de los trabajadores, especialmente rurales) y la consecuente corrosión en la jerarquía militar en Portugal, resultante de la barbarie de la guerra por la dominación neocolonial y del levantamiento decisivo de los jóvenes capitanes (MFA) que esgrimieron los principales sentimientos populares de la nación expoliadora hacia fuera y también hacia dentro.
- 2) El papel central de la clase obrera en Portugal, tras décadas de una dictadura atroz y brutal. El autor destaca el protagonismo de esta clase –y en particular de los obreros industriales– en huelgas, ocupaciones, autogestión, avanzando hacia la constitución de facto de un dualismo de poder y, elemento analítico clave en

este libro, la existencia de un control obrero que determinó la imposibilidad de la gobernabilidad frentepopulista que reunía a PS, PCP, PPD y MFA.

Así, el libro de Raquel Varela ofrece un hermoso dibujo de este período emblemático. En sus palabras: «Hay pocos periodos en la historia [...] con la riqueza histórica de la dimensión alcanzada por este control en el bienio 1974-1975 en Portugal. Se pueden encontrar casos similares en el bienio *rosso* 1919-1920 de Italia o en las revoluciones rusas de 1905 y 1917 y, por ejemplo, más recientemente, en los cordones industriales chilenos de 1972-1973».

La riqueza de la información —siempre hay una cronología detallada de los acontecimientos laborales y un amplio uso de fuentes, testimonios, informes, documentos— demuestra que lo que a menudo es menos visible en la realidad de la Revolución de Abril está presente en el dualismo de poderes establecido en las acciones concretas de la clase obrera: «La revolución portuguesa estuvo marcada, pues, por el protagonismo político de un poderoso movimiento obrero y social —parte esencial de la definición del propio concepto de revolución— que afectó a todos los sectores de la sociedad portuguesa, en particular al movimiento obrero, pero no solo a él. Además de los trabajadores directamente vinculados a la producción de valor, y en particular los obreros industriales y los asalariados agrícolas, la revolución portuguesa se caracterizó por conflictos sociales muy radicalizados entre los estudiantes, el moderno sector laboral de los servicios, los trabajadores de la economía informal, una amplia participación de las mujeres y los sectores intermedios y básicos de las fuerzas armadas. La conflictividad social en Portugal en 1974-75 fue nacional». Las huelgas, las manifestaciones, las acciones colectivas, que, como casi siempre, se producen en estos periodos en los que todo está en suspenso y puede perecer, que primaron a menudo sobre las instancias tradicionales de representación de las fuerzas sociales del trabajo, como los sindicatos y los partidos, que muchas veces acabaron a remolque, cuando no opuestos a acciones consideradas por el orden como «salvajes».

Saliendo de un periodo de tinieblas, fue esta fase de agudas luchas sociales la que permitió el montaje de un Estado con conquistas sociales que han perdurado hasta hace poco y que la génesis y la actual vigencia del neoliberalismo en Europa y Portugal pretenden destruir rabiosamente.

Combinando (en esos momentos excepcionales de la historia) acciones fundamentales, la revolución solo puede entenderse por el estallido de la lucha anticolonial, junto con las acciones de resistencia en Portugal y en las colonias, abriendo el ciclo de resistencia y revolución. Más que un movimiento de capitanes, se inserta también en las divisiones dentro de las clases dominantes, en el desgaste de la guerra colonial en un periodo de profunda crisis económica, la llamada crisis del petróleo de 1973, además de la crisis política y militar. Su síntesis es clara: «Comprenderla, desde un punto de vista historiográfico, implica reenfoclarla en su dimensión real, es decir, recuperar, investigar, conocer, catalogar los conflictos sociales. Y poner el acento en los sujetos sociales (las clases y sus fracciones) como protagonistas, como alternativa a un enfoque que mira la historia a través del prisma de los sujetos representativos (las élites), buscando así eliminar del desarrollo social la noción de conflicto colectivo».

Cuarenta años después de la Revolución de Abril, ¿qué mundo tenemos? En Europa (por no hablar aquí de otros continentes), aparte de Portugal, España, Grecia, Italia, Inglaterra, etc. están viviendo la tragedia de la desertización neoliberal.

Pero todos ellos –y tantos otros– han entrado ya en una nueva era de rebelión a escala mundial. Las revueltas sociales no cesan de surgir y, cuando amainan en un país o región, renacen en otros lugares. Transformar la era de las rebeliones en una era de revoluciones se ha convertido en un imperativo vital del siglo *xxi*. Y recordar la historia de la Revolución de Abril, en todas sus complejidades, como hace Raquel Varela, forma parte de esa batalla en nuestro atormentado siglo *xxi*.